

dar un solo paso en los caminos de la justicia?

¿Qué mas? ¿la bondad de Dios, que no es un Señor tan cruel, y que nos ama demasiado, para pedirnos que nos hagamos infelices por agradarle? ¿Pero acaso nos ama mas de lo que amaba á su Hijo Unigenito, y en quien solo somos nosotros dignos de su amor? Y con todo eso, ¡qué Caliz le mandó beber! ¡Por qué tribulaciones le hizo pasar! ¿Si el justo es tratado con tanto rigor, reservará acaso toda su compasion para el delincente?

¿Qué mas finalmente? ¿los rigores y las dificultades de la Penitencia? Pero, Católicos, comparemos la violencia que nos impone la religion con los trabajos de Jesu-Christo, y ved si hay proporcion en este paralelo. ¡Ah! Nuestras violencias consisten mas en privarnos de algunos placeres, que en sufrir algun trabajo; en arrancar algunas superfluidades, que en imponernos privaciones dolorosas; en no conceder á los sentidos todo lo que piden, que en mortificarlos; y aun estas leves privaciones por quantos caminos se suavizan? Con la grandeza que nos rodea, la abundancia que nos sigue, la elevacion que nos lisongea, la magnificencia que nos ensalza, y con todas las comodidades con que nacimos; ¿qué es lo que padecemos, Católicos? Si no padecemos, ¿qué derecho podemos alegar á las promesas, que solo están hechas á los que padecen? Segundo testimonio que Jesu-Christo en la Cruz dá á la verdad de su doctrina, confirmandola con sus abatimientos y trabajos.

En tercer lugar, dá en la Cruz testimonio á la verdad de sus milagros, renovandolos. No tanto confirma hoy su poder, y dá testimonio á la verdad de todos sus milagros, abriendo los sepulcros, rompiendo los peñascos, obscureciendo el Sol, y cubriendo toda la tierra de tinieblas, como convirtiendo á un malhechor que espira á su lado, mudando el corazon del

mis-

mismo Centurion, que preside á su suplicio, y obligandole á confesar publicamente su divinidad, moviendo á los que miraban su muerte, y obligandolos á volverse hiriendo sus pechos, y derramando lágrimas de cumpuncion y penitencia: *Et revertebantur percussantes pectora sua.* (a) Este es el mayor milagro de la muerte de Jesu-Christo, la conversion de los grandes pecadores; y notad en la calidad de los pecadores que convierte desde la Cruz la grandeza de su poder en su flaqueza.

El primero es un malhechor que está espirando, el que hasta entonces habia vivido sin Dios en este mundo, que no habia llevado mas disposiciones para morir, que los horrores de la mas perversa vida: No obstante, este gran pecador, en aquel instante ultimo en que casi siempre es desesperada la conversion, en el que las señales que se dán de arrepentimiento mas son por el castigo que se teme, que por los delitos que se detestan; en que está el pecador asustado, pero casi nunca mudado su corazon; en aquel ultimo instante en que Dios, despreciado hasta entonces, desprecia tambien y se retira; en que está llena la medida, en que ordinariamente se niega la gracia del arrepentimiento; en aquel ultimo instante en que el pecador está ya juzgado, y en el que el susto de su muerte es por lo comun el justo castigo de la impenitencia y desorden de toda su vida; en aquel ultimo instante, este feliz pecador halla la gracia y la salud, y luego que llega á él la sangre de Jesu-Christo que corre desde la Cruz, purifica en un instante todas las manchas de su vida; reconoce la Gloria y la Divinidad de su Salvador, aunque le ve cargado de oprobrios; despues de una vida llena de

(a) *Luc. 23. v. 48.*

pecados, recibe al tiempo de morir, de la boca del mismo Jesu-Christo, la seguridad del perdón; y el ultimo momento en que espira es el preciso de su eterna salud.

Este, Católicos, es el gran milagro de la muerte de Jesu-Christo, la conversion de un pecador que está para espirar. Con todo eso, no hay pecador que no espere este mismo prodigio en su ultima hora. Locura parece el esperar que se vuelva á eclipsar el Sol, á abrirse los sepulcros, resucitar los muertos, rasgarse el velo del Templo, y el que todos los milagros que entonces sucedieron se renueven ahora; ¿pues qué locura no será el esperar el milagro de la conversion de un pecador que agoniza, milagro mayor que todos los que sucedieron en el Calvario? era preciso que este grande Sacrificio, anunciado en todos los siglos, y tan necesario al genero humano, fuese señalado con circunstancias unicas é inauditas hasta entonces; que en él todo fuese singular; que todo con su novedad diese testimonio á la gloria y Divinidad del Hijo del Hombre: Pero Jesu-Christo muerto una vez no vuelve á morir mas, dice el Apostol; ya no se abren los peñascos, no resucitan mas los muertos, la tierra no se cubre de tinieblas, el velo del Templo no se rompe, ni los pecadores que agonizan se convierten. Las conversiones en la hora de la muerte solo tienen en su favor este exemplar y este prodigio.

El segundo pecador, cuya conversion obra Jesu-Christo en la Cruz, es un pecador incredulo, un Centurion Gentil, que hasta entonces habia mirado á Jesu-Christo con desprecio, y habia tenido su doctrina por impostura: Con todo eso, la incredulidad que cierra el corazón á todas las gracias, que hace inútiles todos los socorros de la religion, y muda en veneno aun los mismos remedios, la incredulidad es hoy el triunfo de Jesu-Christo quando muere: Este Centurion, movido de

de las maravillas de su muerte, llega al conocimiento de la verdad, no pidiendo milagros como algunos de los circunstantes, sino considerando en Jesu-Christo su poder en sus oprobrios, su agrado para con sus enemigos, su paciencia y magestad en los tormentos, su amor á los hombres, la inocencia de sus costumbres, y la santidad y divinidad de sus maximas: Este es el gran milagro que le mueve; conoce que si fuera impostor no se hubiera valido de un medio tan penoso y violento para engañar á los hombres, sino que hubiera li-songeado sus pasiones, ó su soberbia; que les hubiera propuesto, como otros Filósofos, una doctrina agradable á los sentidos, ó alhagueña para el entendimiento, y para la curiosidad; pero que por medio de la Cruz nadie sino el Hijo de Dios podia formarse discipulos, ganar á los hombres no prometiendoles mas que persecuciones y trabajos, prohibiendoles todos los deleytes, y no prometiendoles acá en la tierra mas recompensa de su amor á su doctrina, que las lágrimas, la Cruz, y las violencias, y que solamente el dueño de los corazones podia intentar el ganar á todos los hombres con una ley severa y de abatimiento, que á todos los habia de poner en arma, y venir á establecer un nuevo culto por los caminos mas propios para trastornarle y extinguirle: *Verè Filius Dei erat iste.* (a)

Finalmente, el tercer genero de pecadores que convierte Jesu-Christo desde la Cruz es una multitud de circunstantes, á quienes sola la curiosidad habia llevado al Calvario; libres de las pasiones que animaban á los Escribas y Fariseos, no oponian á la gracia mas obstáculo que una culpable indiferencia en orden á su salvacion, casi siempre mas difícil de vencer que las mas de-

(a) *Matth. 27. v. 54*

delinquentes pasiones; movidos del espectáculo de los trabajos del Salvador, y de las abundantes gracias que corren con su sangre, sienten mudarse repentinamente su corazón, y que se rompe con un santo dolor: *Et revertentur percipientes pectora sua. (a)*

No sé si me atreva á decir, Católicos, que en las circunstancias de estos tres generos de pecadores se halla la imagen de los que hoy asisten al Templo á oír la historia, y ver el espectáculo de los trabajos del Salvador. Unos son pecadores escandalosos, y cargados de culpas, como los dos facinerosos que ponen en la Cruz al lado de Jesu-Christo, que solo vienen hoy al Calvario, y á este santo espectáculo renovado en nuestros Templos, como á un suplicio; que miran estos santos días, estos días felices que consagra la Iglesia á los Mysterios dolorosos de Jesu-Christo, y en los que se suspende la libertad de los públicos placeres, como un yugo odioso, que les impone una religion vana; que murmuran y cuentan todos los instantes, como si ellos mismos estuvieran sobre la Cruz: otros son pecadores incredulos, y que como el Centurion solo asisten á este espectáculo de la religion, por cumplir con las obligaciones de su empleo, y el bien parecer de su estado; por no faltar á lo que el mismo mundo los pide, pero interiormente miran la Cruz como una locura, y acaso insultan á los trabajos de Jesu-Christo, y á la piedad y luto público de los fieles: finalmente, otros son pecadores mundanos y ociosos, á quienes solamente la curiosidad trae á oír la relacion de la muerte del Salvador: que no vienen ni con fé, ni con compuncion, ni con deseo de mas santa vida: que siguen la multitud, y solo vienen al Calvario movidos de la curiosidad, y por que corre ácia allá el tropel, y por-

(a) *Luc. 23. v. 48.*

porque el mismo mundo los lleva consigo.

Renovad, pues, hoy en ellos, ¡oh Salvador mio! los milagros del Calvario; el instante en que espirais es el instante de las gracias y de las misericordias: De vuestro Costado abierto salen arroyos de bendiciones, capaces de purificar las almas mas manchadas y rebeldes; todo les es favorable á los pecadores á los pies de vuestra Cruz; vuestras manos estendidas para recibirlos; vuestro corazón abierto y dispuesto á perdonarlos: la sed extrema que teneis de su salvacion; y el fuerte clamor que en su favor embiais ácia el Trono de vuestro Padre; hoy, Dios mio, es el dia de vuestras misericordias; embiad desde lo alto de ese sagrado leño algunas poderosas miradas sobre los pecadores que están presentes, y consagra la memoria de este gran dia con algunas de aquellas prodigiosas conversiones que dán á conocer la virtud de vuestra sangre, y la perpetuidad de vuestro Sacrificio: Tercer testimonio que Jesu-Christo en la Cruz dá á la verdad de sus milagros renovandolos.

En quarto lugar, dá testimonio á la verdad de su inocencia y santidad, rogando por sus enemigos; en efecto, Católicos, la señal menos equívoca de santidad es el amar á aquellos que nos ultrajan, rogar por la salud de aquellos que quieren perdernos, y llenar de beneficios á los que nos cargan de maldiciones y improperios. Este es, pues, el gran testimonio que hoy dá Jesu-Christo á su inocencia; muere por los que le crucifican; muere pidiendo á su Padre que perdona á sus enemigos: No desprecia su furor y sus ultrages; porque esto hubiera sido padecer como Filósofo; no les echa en cara sus beneficios y su ingratitude, porque esto hubiera sido padecer como un hombre flaco; no les amenaza con su poder, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vano; no se consuela con la esperanza de su castigo, porque esto hubiera sido padecer como un hombre

resentido y agraviado; ni aun se queja del exceso de su barbaridad, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vulgar; ruega por ellos, solo piensa en su salud, y parece que en este ultimo instante se olvida de sus mas fieles discipulos, sin pedir para ellos á su Padre cosa alguna, pensando solo en sus enemigos, sin rogar ni hablar sino en favor de estos; solamente pide á su Padre gracias para ellos; esto sí que es padecer como Hombre-Dios; ellos le maldicen, y él los bendice: ellos piden su muerte, y él pide su perdon: ellos quieren que cayga sobre sí y sobre sus hijos el delito de su sangre derramada, y él no quiere que se les impute.

Padre perdonadlos, dice, porque no saben lo que hacen. (a) Acordaos, Padre mio, que la sangre de esta nueva alianza que hoy derraman, los pone en el numero de vuestros hijos; que con el precio del Sacrificio que yo os ofrezco, mis verdugos se hacen mis coherederos y hermanos; que ya no sois un Juez armado para castigarlos, sino un Padre dispuesto siempre á perdonarlos; y que poniendome ellos en la Cruz, se han levantado un asylo que debe defenderlos de vuestros rayos y de vuestras venganzas: *Pater dimitte illis*; no mireis á las manos que me han herido, sino mirad la sangre que corre de mis llagas para aplacar vuestra justicia, y borrar el delito de los que me sacrifican: *Pater dimitte illis*: ellos ignoran todavia que vos me embiasteis, perdonad á unos ciegos que creen glorificar vuestro nombre entregandome á la muerte; no saben que esta sangre que derraman ha de santificar todo el Universo; que esta víctima que sacrifican es el precio de la salud de todos los hombres; que esta Cruz en que me han clavado ha de ser la vida y la resurreccion de los que duermen en las

(a) Luc. 23. v. 14.

sombras de la muerte, y el remedio de los males del genero humano; que ella vá á esparcir por toda la tierra el conocimiento de vuestro nombre, y á formaros en todos los pueblos adoradores en espiritu y verdad: ¡Padre Santo! Vos que conoceis las grandes utilidades que ha de sacar el mundo de mi cruz, no les imputeis un delito tan feliz, y perdonadles la culpa de mi muerte, por los inestimables beneficios que de ella han de resultar á la tierra: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que quitandome la vida, me van á dar á mí mismo la gloria de la inmortalidad; que borrando mi nombre en la tierra de los vivientes, van á elevarle sobre los Principados y Potestades; que despreciandome, me van á hacer conocido de todos los pueblos; que reusando el conocerme por su Rey, van á jurarme Principe del siglo futuro, Juez de todas las Tribus, Señor de todas las cosas, y asegurarme todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Padre Santo! Vos que habeis unido la gloria que me prometisteis á mis oprobrios y á mis trabajos, perdonad á unos ciegos que sin saberlo sirven á la exaltacion de mi nombre, y á la extension de mi reyno: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que el delito de mi muerte ha de llenar la medida de sus Padres; que han de venir sobre ellos los dias en que se llamarán felices las que no han parido; en que Jerusalém será una espantosa soledad; en que será destruido su Altar, abandonado su templo, y reducido á tristes ruinas; sus Ciudadanos andarán errantes y fugitivos, y vuestra herencia, manchada por ellos con la sangre inocente, será entregada á una maldicion eterna. ¡Padre justo! Vos que preparais estos dias destinados á vuestra indignacion, contentaos con estas calamidades temporales con que los habeis de affigir; salvad las reliquias de Israel; perdonad

á las ramas de una raíz santa; salvad á un pueblo á quien escogisteis; no perdais para siempre á mis hermanos segun la sangre, huesos de mis huesos, y carne de mi carne; no saqueis vuestra salud de Judá, de donde ha salido la salud; perdonad á los hijos de los santos, y juntad por ultimo algun dia las dispersiones de Israel; reunidlas en los ultimos tiempos á el tronco de que se han separado; volvedlos á traer al recinto de la verdadera Jerusalém; finalmente, no haya mas que un rebaño y un Pastor; y haced que os ofrezcan con todas las naciones, no cabritos y toros, sino la verdadera renovacion, y los signos mysticos del gran sacrificio que hoy ofrezco á vuestra gloria. Quarto testimonio que Jesu-Christo en la Cruz dá á la verdad de su inocencia, rogando por sus enemigos.

Finalmente, dá testimonio á la verdad de su Imperio conquistando el mundo con la Cruz. El mundo le habia disputado la realidad y el esplendor de su Imperio; no le habia tratado como á Rey sino por burla; todas las insignias de su reynado habian sido nuevos oprobrios; el Cetro, una vil Caña; la Purpura, un vestido de ignominia; la Corona, una Corona de dolor; y el Trono, un madero infame, lecho de sus oprobrios y trabajos: Pero hoy estas vergonzosas señales de un reynado de tanto abatimiento son las insignias gloriosas de su poder y de su Imperio; esa debil caña que le sirve de Cetro ha de arruinar todos los Altares profanos, abatir todos los Idolos, confundir todas las Sectas, aniquilar todos los Imperios, derribar los Gigantes de la tierra, y destruir toda la ciencia que se levanta contra la ciencia de Dios. Esa Corona que le cubre de dolor y confusion ha de adornar las cabezas de los Cesares, con mas pompa que los mas soberbios laureles y diademas; y un Rey del primer Trono del mundo, de la mas augusta sangre del Uni-

Universo, irá á exponer su vida y libertad por llevar en triunfo á su patria sus preciosas reliquias, mas glorioso por haber enriquecido su reynado con este santo y precioso Tesoro, que si hubiera conquistado un Imperio; ese Trono de ignominia en donde está clavado, se mudará muy presto en Trono de gloria, á cuyos pies vendrán los Principes y Soberanos á doblar sus soberbias cabezas; en Trono de poder y de autoridad, desde el qual juzgará á todas las naciones de la tierra; en Trono de gracia y de misericordia, á cuyos pies hallarán todos los pueblos la vida y la salud; en Trono de ciencia y de doctrina, desde el qual instruirá hasta el fin á todos los hombres, y los enseñará las verdades de la vida eterna; finalmente en un Trono de sabiduría y de consejo, desde el que este nuevo Salomón gobernará todos los pueblos en justicia, en paz, y en abundancia.

El poder y el reyno de los Reyes de la tierra se acaba con ellos; el reyno de Jesu-Christo no empieza á resplandecer hasta despues de su muerte, y sus oprobrios son el primer origen de sus grandezas y de su gloria. ¡Padre Santo! con que aún vive vuestro hijo y verdadero Joseph á quien lloramos, y la malicia de sus hermanos que le entregaron, solo ha servido de hacer resplandecer mas su grandeza y su poder! Salió del fatal pozo en que le habia sepultado la envidia, y todos los pueblos de Egipto y del Universo reconocen su dominio, y su supremo poder. *Filius tuus vivit, & ipse dominatur in omni terra Egypti.* (a)

Pero, Católicos; hoy todo obedece á la soberanía de Jesu-Christo; su Cruz triunfa del cielo, y del infierno; de la ceguedad de los Judios, de la incredulidad de los Gentiles, de la barbaridad de los verdugos, y aún de

(a) Gen. 45. v. 26.

de la obstinacion de un pecador que agoniza ; toda la naturaleza le confiesa ; todas las criaturas le reconocen ; ¿ y solamente nosotros le hemos de cerrar nuestros corazones ? ¿ solamente nosotros nos hemos de obstinar en decir que no queremos que reyne sobre nosotros ? *Nolumus hunc regnare super nos.* (a) Los muertos oyen hoy su voz , y salen de sus sepulcros ; ¿ y nosotros hemos de permanecer aún sepultados en el abismo de nuestras disoluciones , aunque su poderosa voz nos grita hoy en lo intimo de nuestros corazones , desde lo alto de la Cruz , y nos dice : ¡ O vosotros los que dormís un sueño de muerte , levantaos ; salid de lo profundo de vuestros delitos y de vuestras tinieblas , y este Jesus á quien veis crucificado por vosotros , os volverá la vida y la luz que habéis perdido : *Surge qui dormis , & exurge á mortuis ; & illuminabit te Christus ?* (b) Las peñas se abren , y nuestros corazones mas insensibles no se han de poder ablandar ? ¿ El velo del Templo se rasga , y el velo impenetrable que cubre nuestra conciencia , habitacion de la iniquidad , que tanto tiempo nos impide el que manifestemos al Confesor sus ocultas manchas , no puede rasgarse ? ¿ Y aún tenemos ocultos en nuestro interior estos misterios de abominacion , que de nuestro corazon hacen templo á los demonios , asilo á los espiritus inmundos , y teatro terrible de remordimientos , de confusion , y de espanto ? ¿ No saldremos por fin de este reyno de tinieblas en que vivimos , para entrar en el reyno de la luz ? ¿ No nos cansaremos ya de haber sido hasta ahora esclavos miserables de un mundo que no tiene derecho sobre nosotros , que no nos merece , y que nada puede hacer por nosotros ? ¿ Reusaremos el reconocer á Jesus-Christo , que acaba de morir por nosotros , por nuestro Rey , y nuestro verdadero Señor ? ¡ O Salvador mio ! Qué ar-

(a) *Luc. 19. v. 14.* (b) *Eph. 5. v. 14.*

bitrios pueden quedar á vuestra infinita misericordia para con los pecadores , si quanto hoy hicisteis por ellos no excita su amor , su compuncion , y su agradecimiento , y si aún se obstinan en perecer , no obstante el camino que hoy abris con vuestra sangre para que lleguen á la vida eterna. Amen.

